LA MANCHA

por Pedro Montero

autor de «EMISION DE MADRUGADA», «SUCESOS» y «VERA»

Cuando uno se decide a comprar un piso resulta fundamental la realización de una encuesta a fin de conocer con la mayor exactitud posible las características técnicas del inmueble del que forma parte el que será vuestro futuro hogar.

Preguntad si el edificio es de hormigón o de esqueleto metálico, enteraos de los materiales básicos con que ha sido construido, inquirid del portero si se desprenden las baldosas con facilidad o si alguna cornisa se ha precipitado alguna vez sobre los confiados viandantes; charlad con los vecinos a fin de conocer cuántas veces por mes sus esposas se quedan encerradas en los ascensores, demandad con prudencia si el alicatado hasta el techo se derrumba al tocarlo. Que os digan si las conversaciones y los suspiros de amor se oyen a través de los muros, o si el entarimado del salón cruje bajo sus pasos interpretando sin interrupción una continua y siniestra sinfonía. Y como quien no quiere la cosa, preguntad si es sólo agua lo que mana a través de los grifos.

Si se trata de un inmueble antiguo no demandéis en modo alguno si en la casa hay fantasmas, pero si dais con algún vecino comprensivo y que inspire confianza, preguntadle si en su cuarto de baño hay alguna pequeña mancha de humedad.

*** * ***

En principio pensó que se trataba de una salpicadura que él mismo había provocado al lavarse las manos, pero cuando antes de acostarse se estaba cepillando los dientes, advirtió a través del espejo que la pequeña mancha continuaba allí, precisamente en la pared opuesta al lavabo.

Depositó el cepillo en una esquina de la repisa y, con la boca espumeante, como un perro rabioso, se aproximó a examinarla con detenimiento.

Se trataba de una pequeña mancha del tamaño de una moneda de cincuenta pesetas que había surgido a media altura y en la que no había reparado hasta aquella tarde. Cabía también dentro de lo posible que la mancha llevara allí varios días, pero lo insignificante de su magnitud y la imperfección del muro podían haberla disimulado a sus ojos por alguna rugosidad del deficiente enyesado.

Venciendo la pereza que semejante operación le producía, tomó un pequeño recipiente y disolvió en él una mínima cantidad de polvos agitando muy bien la pasta resultante y moviéndola con el mango del pincel. Acto seguido invirtió la posición de la escobilla y sumiendo levemente las cerdas en el líquido blancuzco dio unos toques con cuidado sobre la pared, mientras involuntariamente paseaba la lengua por el filo de sus labios. Ahora sólo restaba esperar que la pintura se secase.

Por un momento sintió la tentación de acelerar el oreado mediante el uso del secador de pelo, pero luego renunció a su idea pensando en lo avanzado de la hora y en que quizá la precipitación no beneficiaría al proceso. Era preferible dejar

pasar la noche y verificar al día siguiente si la mancha se había borrado o al menos difuminado, en cuyo caso aplicaría una segunda mano.

Lo primero que hizo por la mañana fue visitar el cuarto de baño y comprobar que, no sólo no había desaparecido, sino que la capa de pintura ni siquiera había logrado que se desvaneciese ligeramente. Además su tamaño había aumentado hasta alcanzar el del disco de marcar de un teléfono.

Era evidente, por tanto, que se trataba de una fuga de agua, y puesto que en una noche se había quintuplicado su circunferencia, bien pudiera ocurrir que, de no poner el adecuado remedio, toda la pared se arruinara en el transcurso de unas horas. De nada serviría entonces aplicar capas de maquillaje, porque el revestimiento de yeso, que no parecía muy sólido, terminaría por agrietarse y saltar.

Puso el hecho en conocimiento del conserje y examinando la mancha con ojo crítico, el empleado sacó la conclusión de que aquello no parecía causado por la humedad, al menos por una humedad normal. Y como el inquilino asegurara que le traía sin cuidado la clasificación de los distintos tipos de humedad, el conserje manifestó que por aquella pared no pasaba ninguna tubería, por lo que, descartando, debido a su situación , que la mancha tuviera su origen en el piso superior, debería entenderse que aquel lamparón sin importancia, como lo calificó, procedía de los mismos materiales que componían la pared, que a causa del calor, el transcruso del tiempo o alguna fermentación interior se habían modificado. Por lo tanto, lo único que procedía era observar y esperar, y si dentro de unos días la mancha se había extendido hasta límites que rebasaran lo que podía ser calificado de prudente, pondría el hecho en conocimiento del administrador.

Transcurrió cerca de un mes, y como el inquilino del tercero B no hubiera vuelto a quejarse, el conserje supuso que la mancha había desaparecido suposición que en efecto correspondía a la realidad. No obstante, su sentido del deber y una curiosidad consustancial a este tipo de empleados, le impulsaron a llamar una mañana a la puerta del piso.

Tras esperar bastante más de lo que es habitual cuando se pulsa un timbre insistentemente, el portero dedujo que no había nadie en la casa, y acuciado por una necesidad de fisgoneo, deformación de su celo profesional, operó con la llave maestra y entró en el piso llamando a su arrendatario.

En seguida le llegó una oleada de nauseabundo olor a carne putrefacta y comprendió al instante que sus llamadas eran inútiles, puesto que el habitante de aquella casa no se encontraba ya en disposición de responder.

Avanzó por el pasillo aplicándose un pañuelo en la nariz y en la boca para aliviar algo de aquella fetidez, y se encaminó hacia el cuarto de baño. Al abrir la puerta entornada estuvo a punto de caer desvanecido por el espectáculo que se ofreció ante sus ojos. Tuvo que aferrarse a las cortinas de la ducha para mantenerse en pie y, en aquel momento, un gato, el gato del arrendatario, dando un gigantesco salto, se abalanzó sobre el rostro del portero, quien lo apartó de un manotazo.

*** * ***

«La mancha se ha extendido considerablemente, y presenta ahora el aspecto de la Luna en avanzado cuarto creciente. Si la estudio con detenimiento puedo ver, dentro de su difuso perímetro, un rostro lo suficientemente desvaído para que al acercarme a la pared esa impresión desaparezca, pero visto desde la ducha, por

ejemplo, se pueden apreciar dos ojos y una especie de boca.

»Esta noche me he levantado sobre la una y media y he abierto sigilosamente la puerta sin encender la luz. No sé si era un reflejo de la Luna, pero hubiera jurado que la mancha, que ahora tiene forma casi redonda, igual que un plato, brillaba con luz propia en una especie de apagado resplandor de fuego fatuo, emitiendo una pulsante reverberación de guiños espaciados similar a la que se emplea cuando se intenta llamar la atención de alguien o enviarle un mensaje por medio de señales luminosas. La ventana del cuarto de baño estaba abierta.

«Cuando me rasuro o me peino no puedo evitar verla reflejada en el espejo. Esta mañana, por culpa de la mancha, me produje un profundo corte con la navaja de afeitar y manché de sangre el lavabo. A continuación miré irritado hacia la pared, como si aquella luna de humedad fuera culpable del fallo de mi pulso.

»Hubiera deseado comprobarlo con rigor cada noche, pero hasta ayer no intuí que la evolución de la mancha parece ser paralela al crecimiento de la Luna. Pronto el satélite alcanzará la plenitud de su ciclo, por lo que me mantendré alerta.

»Me resulta muy difícil tener que soportar la visión de ese rostro difuminado, así que a fin de tranquilizarme y no impedirme el seguimiento del desarrollo de la mancha, he decidido colgar un cuadro que la oculte, durante el día al menos.

»¿Acaso sería aventurado pensar que cuando la Luna comience a disminuir de tamaño descendiendo hacia el cuarto menguante la mancha imitará su evolución?

»He renunciado a colocar el cuadro en la pared.

»Resuelto a perder de vista ese eco de la faz selenita, he buscado una tela de adecuadas dimensiones y comprobado que bajo su perímetro quedaba perfectamente oculta la mancha, pero a fin de sujetarla en el punto adecuado, era preciso clavar una alcayata en... en, diríamos, la frente.

»Tomé la alcayata y el martillo y permanecí durante largo rato contemplando la mancha, mientras ella me contemplaba a mí (es decir, supongo). Fijé mi vista en el punto en que era preciso practicar uno orificio para introducir la escarpia, y medité largamente sobre la conveniencia de atravesar aquella sombra con un hierro puntiagudo. (¿Una crueldad?).

»Finalmente, venciendo escrúpulos irracionales, apoyé con mano temblorosa el extremo de la alcayata en la pared y asesté un fuerte golpe con el martillo sobre el codo del clavo. Al instante fui presa de una profunda tristeza y de una melancolía sin límites que me arrebataron las fuerzas. No obstante, sacándolas de la flanqueza, descargué un segundo golpe, con tan mala fortuna que un fragmento de yeso se desprendió de la pared y vino a incrustarse con gran fuerza a escasos milímetros de mi ojo derecho, produciéndome una herida de la que manaron unas gotas de sangre.

»Suponiendo que esa maldita mancha, cuyo parecido con la Luna es ya asombroso, comience a achicarse a partir de mañana, llegará un momento en que se desvanezca justamente cuando el original alcance la fase nueva. Pero, ¿es verdad que el melancólico satélite desaparece, o acaso no es más cierto que permanece inmutable recorriendo su órbita invisible a los ojos humanos? Luna ciega, debería llamarse, en vez de Luna nueva.

»Será inevitable entonces, si los acontecimientos siguen el curso que preveo, que la mancha se disipe poco a poco hasta ocultarse, lo que no significará que se haya volatilizado, sino que continúa allí eclipsada para mi vista, como una fiera camuflada en la floresta: menos visible, y, en consecuencia, mucho más nociva.

»Pero, por otra parte, ¿qué puedo temer de un basto duplicado del satélite que alumbra nuestras noches? No lo sé, pero yo he dicho en otras ocasiones que no me fiaba nada de la Luna, y quizá lo he repetido tantas veces que me ha sido enviada una siniestra réplica de ese estéril roquedal, con intenciones que, de momento, no preveo.

»Con ocasión de la Luna llena me he pasado gran parte de la noche sentado en el borde de la bañera con los ojos fijos en la mancha. He dejado abierta la ventana para no impedir la comunicación entre las dos gemelas, si acaso ésta existiera, porque es más prudente no poner trabas a lo inevitable.

»Cerca ya de la media noche, el satélite, en el esplendor de su perfecta circunferencia, ha asomado su rostro a la ventana. Al instante se ha reanimado la mancha de la pared al sentir sobre su piel de yeso el tenue resplandor tantas veces temerariamente cantado por poetas que no trascienden la superficie de las cosas.

»Hubiera jurado que los dos rostros gemelos se miraban con cierta lúbrica complacencia narcisista. Y a la vez, la cara grabada sobre mi pared se contemplaba en el espejo, lo mismo que la auténtica Selene se recrea interminablemente en el cristal de los océanos, pero sobre todo en la tranquilidad de las charcas putrefactas y en la quietud de los estanques fríos.

»Las dos se miraban fijamente, como si aquella muda contemplación bastara para satisfacerlas. Como si el sol ya no significase nada para ellas. Y así transcurrieron las horas, siendo yo testigo de aquel estéril y placentero enfrentamiento que me irritó sobremanera, pero cuyo curso no me atreví a interrumpir por temor a represalias en las que prefiero no pensar.

»¿Por qué, maldita, has tenido que pagarlo conmigo? ¿No he sido yo prudente guardándome de contemplarte fijamente y de mirarte a los ojos? ¿Acaso no fui yo el que en una ocasión advirtió a otra persona del riesgo que significaba olvidar unas gafas bajo el claro de luna? ¿O necesitas de vez en cuando una víctima propiciatoria, un sacrificio humano cuya sangre reanime los pálidos colores de tu rostro? ¿Acaso no te basta con eclipsar de tiempo en tiempo al sol, vengándote de esa manera de tener que aceptar su generosa limosna de luz?

»Tienes un doble rostro, lo sé, pero ignoro qué rasgos exhibes en el otro, aunque seguramente desmentirás con aquel lo que con éste afirmas. ¡Pérfida Jano de una parte sonríes a los hombres mientras con la contraria invitas a las estrellas a derrumbarse sobre ellos!

»Al amanecer me ha rendido el sueno y me he acostado. He sido víctima de una terrible pesadilla, cuyas incidencias es mejor no recordar. Sólo sé que, de pronto, me he despertado notando una gran opresión en la garganta que me impedía respirar.

»Me he arrojado violentamente de la cama y he arrastrado tras de mí la sábana que, quizás a impulsos de mis incontrolados movimientos, aunque tampoco puedo descartar otras intervenciones, había ido enrollándose a mi cuello.

»¿Por qué será que, desde hace poco tiempo, siento un extremo placer en contemplar los objetos blancos, ya se trate de sábanas o de los sanitarios del cuarto de baño, e imaginarme que se tiñen de sangre?

»¿A qué será debido que ahora, cuando me asomo a las ventanas, no experimento vértigo sino una suerte de borrachera de las profundidades que me invita a sondear los abismos?

»Como había previsto, la mancha está empezando a recortarse por uno de sus lados, y sus dimensiones disminuyen según la Luna llena va mermando.

»Paralelamente a esa mengua, he comenzado a experimentar un lento pero continuo debilitamiento de mis fuerzas, como si la consumición del satélite nocturno, acompañado por su imagen del cuarto de baño, ejercieran sobre mí un maléfico efecto mitigando mis ansias de vivir y aminorando mi vigor.

»Apenas siento deseos de alimentarme como no sea con leche, y ésta ha de reposar algunas horas en la ventana para que adquiera ese sabor que ahora me place. Siento también como si mi cuerpo se hubiera encogido en alguna medida; las ropas me vienen holgadas y he tenido que practicar dos nuevos orificios en el cinturón.

»Anoche comprobé con horror al contemplarme en el espejo que una mínima porción de mi rostro no se veía reflejada en él.

»Limpié con frenesí el cristal, pero aquella maniobra no surtió el menor efecto. El mal no estaba en el cristal. ¿Cómo podría ni siquiera asomarme a la ventana, como no sea de noche, y exponerme a asustar a cualquiera que me viese afectado por tan singular fenómeno?

»No siento ninguna clase de dolor, sino una fatiga constante que me impide realizar cualquier cosa que no sea contemplar obsesivamente la mancha.

»No puedo ver mis ojos, aunque ellos continúan sirviéndome para ver. No puedo contemplar mi boca, pero a pesar de eso, aunque con debilidad, puedo hablar, y puedo también llevar ese vaso de leche diario (o mejor dicho, nocturnal), que constituye mi único alimento. Sigo escuchando los ruidos: mi olfato continúa percibiendo los olores, pero no puedo peinarme sino al tacto, ni afeitarme tampoco, aunque en mi estado son dos formas de perder inútilmente el tiempo.

»Me miro en el espejo y veo mis hombros, de los que surge el cuello que no sostiene nada. Sé que mi cabeza está ahí porque la toco, y en ocasiones me duele, pero, a medida que la Luna y la mancha de la pared van decreciendo, yo también prosigo la evolución de mi cuarto menguante.

»Y unido a este inexplicable eclipse progresivo de mi ser, mi cuerpo va disminuyendo de tamaño, y ahora tengo que utilizar una banqueta para poder contemplarme en el espejo.

»Mi amodorrado cerebro ha logrado comprender que no debía ser testigo de la evolución de la mancha, y durante una noche me he abstenido de entrar en el cuarto de baño, pero esta estratagema ha sido inútil. Allí donde permaneciera hacía su aparición el difuso rostro.

»Yo que me he guardado bien de contemplar la Luna llena; yo que en mis relatos he advertido a los demás sobre las inconveniencia de los plenilunios, me veo, quizá por eso mismo, condenado a estar en perpetua presencia de una infame reproducción de la faz selenita.

»Aunque tarde, he comprendido que la Luna es vengativa, y que no renuncia fácilmente a sus perversas inclinaciones. Recuerdo que en mi firme propósito, mantenido durante muchos años, de no contemplar su amarillento rostro, a veces me veía sorprendido por el reflejo de sus rayos en el agua de un vaso o en la de un estanque. La Luna aprovechaba el menor descuido para llegar hasta mí. Reverberaba en el mármol de una mesa, brillaba en el cristal de una ventana, se reflejaba en los ojos de la gente, brillaba descompuesta en el diamante que mi madre ceñía a su dedo corazón; se ocultaba astutamente en una nube y, cuando más desprevenido me hallaba, hacía su repentina aparición.

»Ahora, cuando ya me creía libre de su influjo, cuando no me atrevía a contemplarla ni en pintura, he aquí que el maldito cadáver del espacio (no es

ningún disco de bruñida plata) se las ha ingeniado para penetrar hasta el fondo de mis ojos.

»A medida que continúa la disminución del doble disco lunar me siento menos dueño de mis actos. Qué extraña sensación mirarme en el espejo y poder ver a través de la mitad de mi cuerpo. Qué angustia sentirme progresivamente reducido.

»Todas las noches, procurando que nadie me vea, deposito en el alféizar de la ventana un vaso de leche, y al cabo de dos horas me lo bebo, comulgando a la vez con la redonda imagen de la Luna reflejada en la blanca superficie. Noto de esa manera que por mis venas circula una sangre que se va aclarando, perdiendo su natural densidad para tomar un tono transparente, y esa sangre disemina por todo mi ser la esencia que me va corroyendo suavísimamente, con paciencia infinita.

»Esta noche se producirá la Luna nueva y con ello la completa transformación de mi ser.

»Sólo soy unos pies que caminan, unos pies diminutos que afortunadamente aterrorizan al gato, que corre a refugiarse en el rincón más alejado de la casa.

»Siento que me desvanezco por momentos. Acurrucado y tembloroso en un rincón del cuarto de baño, asisto a los últimos momentos visibles de la mancha, que casi ha desaparecido.

»Soy pura transparencia. Mi cerebro es de agua; mi voz debilísima, pero argentina. Me voy sumergiendo definitivamente en una claridad difusa y cricular que me reclama irremisiblemente.

»¿Regresaré de alguna forma al mundo de las cosas visibles? ¿Estaré condenado eternamente, sin conocer mi culpa, a aparecer y desaparecer esclavo del satélite y de lo que hay detrás de él?».

* * *

Durante algunas noches el silencio y la oscuridad más absoluta reinaron en la casa. El gato se paseó por el piso asomando de vez en cuando su cabeza por la puerta del cuarto de baño, hasta que un finísimo arco hizo su aparición en el cielo nocturno y comenzó a crecer poco a poco.

Los ojos del felino contemplaron el regreso de su amo, pero, lejos de sentirse feliz por la reaparición del humano que habitaba la casa. sintió un terror sin límites y se lanzaba contra las ventanas con ánimo de huir por los tejados.

Una noche aparecieron los pies, la siguiente las piernas; dos noches más y apareció casi todo el tronco, y la última, cuando la Luna llena volvía a brillar en el espacio con todo su siniestro esplendor, regresó el rostro del inquilino, o al menos la parte del cuerpo correspondiente a aquel.

Justamente aquel día fue cuando el conserje de la finca entró en el piso y se fue acercando poco c poco al cuarto de baño, del que salía un olor nauseabundo. Empujó la puerta entreabierta y tuvo que sostenerse agarrándose a las cortinas de la ducha para no caer desvanecido. El gato se abalanzó hacia su rostro como una exhalación llevando entra sus uñas y sus dientes parte del intestino de su amo.